







Publicado por:

Nova Casa Editorial

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2015, **Cristina Prieto Solano**

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Maite Molina**

Portada

**Vasco Lopes**

Maquetación

**María Alejandra Domínguez**

Impresión

**QP Print**

Corrección

**Carlos Cote Caballero**

Primera edición: Febrero de 2016

Segunda edición: Diciembre de 2016

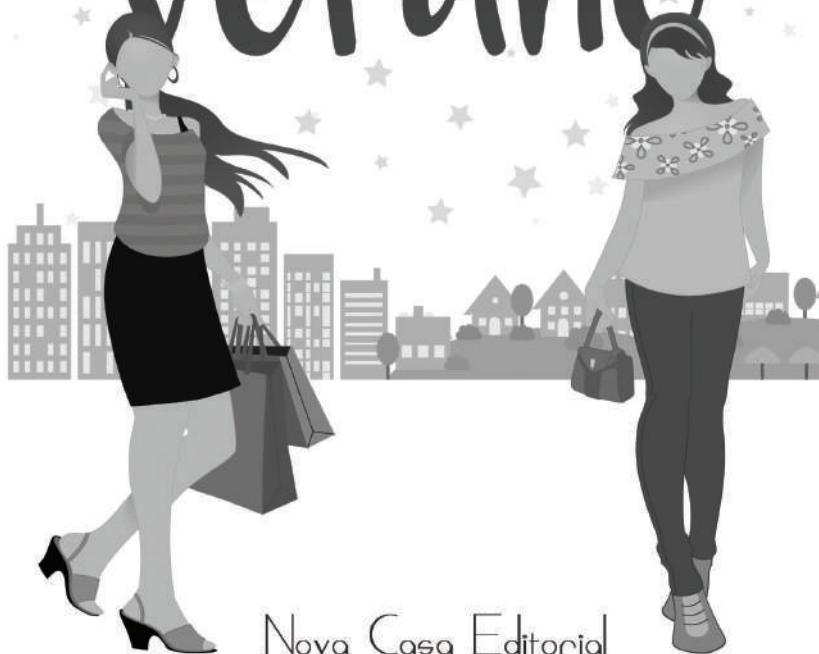
Depósito Legal: DL B 3064-2016

ISBN: 978-84-16281-60-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

CRISTINA PRIETO SOLANO

# Noches de Verano



Nova Casa Editorial



*Para mi madre,  
por hacerme ser como soy y ser mi ejemplo en la vida de bondad y fortaleza.*





## EVA:

No pude evitar un suspiro cuando llegamos a aquella minúscula casita. Era preciosa, en eso tenía razón mi madre, pero algo me decía que no era mi lugar.

Mis padres estaban divorciados desde hacía pocos meses, y al contrario de lo que cualquiera pudiera pensar, no era algo que me quitara el sueño. Prefería verlos felices por separado que desdichados juntos, y ya había soportado suficientes discusiones absurdas. Cuando al fin me dieron la noticia, una parte de mí se rompió pero otra bastante más grande suspiró de alivio.

Con lo que no contaba era con las consecuencias que esto acarrearía. Por ejemplo, que se decidiera que cada verano me quedaría con uno de ellos, y mi hermana con el otro. Me parecía una solución razonable dentro de las posibilidades, aunque desde luego no me hacía demasiada gracia.

Ese verano (por sorteo) me había tocado pasarlo con mi madre, y esta se había emocionado sobremanera con la idea de alquilar una casita en un pueblo apartado de todo para “relajarnos y evadirnos”. Lo que necesitaba ella, pero no yo.

Hubiera dado cualquier cosa por poder quedarme en mi ciudad en verano. Más de diez días, me refiero. Porque en cuanto empezó Julio cogimos el coche y pusimos rumbo a aquel pueblo del que ni siquiera recordaba el maldito nombre.

Y no era que no me gustara la tranquilidad. Pero dos meses de tranquilidad eran, como poco, demasiados.

Tampoco era que no me gustasen los pueblos, reconocía que tenían su encanto. Pero era el verano de mis dieciocho años, justo después de la Selectividad, ese que debería ser “el

verano de mi vida” según todo el mundo. Y quería pasarlo con mis amigos. Si bien no era mucho de salir de fiesta todos los días, por lo menos quedar con ellos para visitar sitios, tomar algo o simplemente hablar.

—Ayúdame aquí, Eva —pidió mi madre, con la voz marcada por el esfuerzo que estaba haciendo.

Salí del coche con calma para ayudarle a bajar las maletas. Me había quedado demasiado tiempo ensimismada en mis pensamientos, era hora de volver a la vida real. Agarré mi maleta y tiré de ella con fuerza para sacarla del maletero. Unos cuantos metros separaban la plaza de aparcamiento de la pequeña casita, y no me fue demasiado fácil andarlos ya que, si bien normalmente era bastante más fuerte, en aquellos momentos me sentía cansada no solo física sino también psicológicamente.

Una vez dentro de la casa, me alegré al constatar que era bastante bonita. Ya me la esperaba decente, mi madre en general tenía buen gusto en casi todo, pero aún así me sorprendió un poco. En el buen sentido.

Tenía unas pequeñas escaleras que subían un piso. Por lo que me había dicho mi madre ahí arriba estaba mi cuarto, así que las subí arrastrando la maleta. Estaba haciendo demasiado ruido, cosa que, de haber vecinos, los hubiera molestado. Pero en una casa de campo no hay esos riesgos.

En parte, prefería el campo a la ciudad. La naturaleza, el aire fresco... no podía negar que tenía muchas ganas de ver las estrellas. Donde yo vivía había tanta contaminación lumínica que, como mucho, podías vislumbrar dos o tres.

Dejé la maleta en el cuarto sin pararme demasiado a mirarlo. Lo único que llamó mi atención fueron las paredes, de color naranja. Siempre había querido ese color para mi habitación, pero en mi casa todas las paredes eran de color blanco y

no había habido manera de convencer a mis padres de cambiar eso.

Por una parte llegué a pensar que quizá era una especie de soborno por parte de mi madre. Ya me esperaba cualquier cosa. Aunque quizá estuviera exagerando... mis padres no intentaban comprar mi amor, ni el de mi hermana, no al menos como lo hacían los padres divorciados de algunos de mis amigos, que no paraban de regalarles cosas para hacerles más fácil la pregunta: “¿A quién quieres más, a mamá o a papá?”. Quizá fuera el hecho de que hubiesen acabado de buenas lo que había desembocado en una paz algo rara. No intentaban ser rivales, o al menos no lo parecía.

Me senté en la cama y, después de unos segundos mirando hacia el suelo, me tumbé.

—Tengo que tomármelo todo con mucha calma —susurré para mí—. Este verano va a ser muy largo.

—¡Eva! ¿Has deshecho ya la maleta?

Puse los ojos en blanco, completamente estirada en la cama como estaba. Mi cuerpo no tenía intención de moverse, y yo tampoco. No me apetecía ni contestarle, ya empezaba con sus manías de madre.

Me limité a quedarme tirada, sin hacer nada.

“Esto es vida”.

### **LETICIA:**

—Pásame eso —dijo Teresa refiriéndose a su bolso, que estaba justo a mi lado.

Me tomé mi tiempo para dárselo con cuidado, pero ni siquiera lo agradeció. La confianza daba asco, a veces. Sobre todo cuando se tomaba tan a la ligera.

¿Tanto costaba un “gracias” de vez en cuando? O simplemente sonreír en agradecimiento.

Quizás me estaba complicando demasiado y era normal eso de, cuando llegabas a conocer bastante a una persona y vuestra amistad duraba ya unos cuantos años, obviar ciertas cosas. Como esa.

Probablemente me estuviera dejando influenciar por mi actitud de los últimos días. Estaba harta de todo. No sabía por qué pero cada vez notaba más los defectos de mis amigos, como si ya no les viera nada bueno.

De vez en cuando me quedaba pensando y sabía que no estaba siendo justa con ellos. Todo el mundo podía tener fallos, no solo yo. Y había que perdonar esos fallos a todo el mundo, no solo a mí.

Pero era como si se hubiesen acostumbrado tanto a tenerme como amiga que no se molestaban en cuidarme ni un poquito. Tener algún detalle conmigo, demostrarme que les importo... cosas así.

O puede que, sin el apoyo de Eva, lo viera todo negro y punto.

—¿Qué vais a hacer el sábado? —preguntó Adrián.

—¡Yo quiero fiesta! —exclamó Teresa, poniendo morritos de forma algo cómica.

—Tú siempre quieres fiesta —le dije con una sonrisa.

—Pues claro, algunas sabemos cómo divertirnos —dijo, con otra sonrisa.

No sabía si el comentario iba realmente en broma, como daba a entender su tono de voz. Con Teresa nunca se sabía. Había hablado del tema con Eva varias veces, sobre todo en los últimos meses. Teresa tenía una especie de doble personalidad: tan pronto te dejaba en ridículo delante de todo el mundo como hacía el mayor sacrificio que existe solo por verte feliz.

Habíamos dejado de cuestionárnoslo hacía un tiempo y normalmente no le dábamos importancia, pero el comentario me dolió de todas formas.

Que no me gustara salir de fiesta por las noches no significaba que no supiera divertirme. Claro que lo pasaba bien cuando estaba con ellos. Y cuando al final me convencían para que saliera, me divertía bastante. Aunque nunca era tan épico para mí como para ellos. Tenía la teoría de que era porque no me emborrachaba.

Ellos bebían, se ponían hasta arriba de alcohol y hacían locuras toda la noche. Y claro, luego se comentaba durante días. Que si este se había liado con aquella, que si esta chica se enrolló con cuatro en una noche, que si el otro vomitó encima de un desconocido... todo muy divertido, pero yo tenía bastante claro que prefería oír esas historias en vez de vivirlas.

Me daba pánico emborracharme porque no quería perder ni un ápice de control sobre mí misma. Tenía unas cuantas cosas hirientes que decir que no me gustaría nada que se me escaparan, por ejemplo.

Podría perder mucho. Sin embargo, eso a mis amigos no parecía importarles. A mí nunca me habían hecho ni dicho nada ofensivo, solo tenía que aguantarles cuando se ponían cariñosos o no podían sostenerse en pie.

Cuidar de ellos no me importaba ni me suponía demasiado esfuerzo, pero había tenido que vivir demasiadas situaciones desagradables.

Al principio, cuando me gustaba mucho un amigo nuestro (Diego), había tenido que verle liándose con Teresa, y después con Ana. Me había costado muchísimo superarlo, pero había acabado dándome cuenta de que no tenía ninguna posibilidad con él, y que de todas formas no me haría demasiada gracia tener nada con ese chico después de saber que era un ligón y que para él las chicas eran de usar y tirar.

Me consideraba cursi, y estaba bastante orgullosa de serlo. Aunque todo el mundo se burlase un poco de mí por ello, yo quería que mi primer beso fuera especial.

Aunque empezaba a preocuparme. Faltaban tres meses para que cumpliera dieciocho años y aún no había besado a ningún chico. También me preocupaban las pocas oportunidades que había tenido de ello.

Todas mis amigas, cuando salían, siempre tenían un par de moscones pululando a su alrededor. Incluso Fátima, que era la más fea de todas.

Pero yo no. A mí por las noches nunca me había entrado ninguno. Parecía invisible para ellos, incluso cuando todos mis amigos me decían “Qué guapa estás, Leticia”. Empezaba a no creerme ningún piropo.

Si tan guapa estaba, ¿por qué nadie intentaba nada conmigo? Ni siquiera Diego, que cuando estaba muy borracho se liaba con la primera que pasaba, se había acercado a mí con esa intención. No era ni su último recurso.

Y eso dolía, y acomplexaba. No tenía un cuerpazo, lo sabía. Me sobraban un par de quilos, a pesar de haber adelgazado bastante desde el año pasado.

Y mi cara tampoco era nada del otro mundo. Cabello castaño, ojos del mismo color... si al menos tuviera el pelo más bonito o los ojos de un color claro...

No destacaba nada. Hacía más de un año que no le gustaba a ningún chico. Y ni siquiera contaba a Antonio.

No era demasiado cruel si decía que Antonio era uno de los chicos más feos que había conocido jamás. Y además, soso.

Así que cuando me había pedido salir la contestación había sido fácil: un NO redondo.

Aún así, me había alegrado gustarle (¡por fin!) a un chico. Y poder así tener algo que contarle a mis amigas.

Siempre escuchaba sus historias, conocía a sus ligues, a sus novios, a sus rollos de una noche o a quienes fuesen. Pero a mí nunca me pasaba nada. Y había momentos en los que flaqueaba mi decisión y pensaba en liarme con el primer tío con el que se me presentase la oportunidad.

Por suerte o por desgracia, no se me presentaba ninguna así que mis principios seguían intactos. No me gustaba eso de besar por besar. ¿Para qué? Para poder contarlo más tarde, o algo así. No lo entendía.

Pero hacía tiempo que había dejado de decirles nada, o de intentar expresar mi opinión al respecto. Solo lo comentaba con Eva, quien estaba de acuerdo conmigo. Su primer beso había sido con un chico que le gustaba desde hacía mucho tiempo y, aunque no había pasado nada más entre ellos, entendía sus motivos.

Obviamente si te gustaba mucho alguien y este alguien te besaba, no te ibas a apartar. Se habían enrollado un par de veces más antes de que Eva se enterara de que también se liaba con otra. Y ella lo había cortado de raíz.

Siempre la había admirado por eso. No sabía si yo misma, en esa situación, hubiera podido dejar de verlo tan de sopetón. Si lo hubiera tenido tan claro... Pero ella se había puesto siempre a sí misma por encima de cualquier chico, por mucho que le gustara. Y ya le había dicho varias veces que le aplaudía por ello.

Mientras escuchaba a Teresa y los demás fantasear sobre la borrachera que se iban a coger ese sábado, pensé en Eva y en cómo lo debía estar pasando.

La pobre ya me había dicho muchas veces que lo que realmente le apetecía era quedarse con todos nosotros en Ferrol.

Saqué el móvil; ya que me había acordado de ella, le enviaría un *WhatsApp*. Le mandé un saludo y volví a guardarlo.

—¿Tú sales el sábado, Leti? —la voz de Adrián me sacó de mi pequeña burbuja.

Le sonreí, para intentar mitigar la reacción a mi respuesta:

—No creo, no me apetece nada.

—A ti nunca te apetece —intervino Teresa—. ¡Anda, Leti, vente! Lo pasaremos bien.

La miré, no tenía ni idea de si me lo estaba diciendo en serio o solo por quedar bien delante de la gente, haciendo como si quisiera que fuera cuando en realidad no quería. Pero, si esta segunda opción era la correcta, no tenía de qué preocuparse, no pensaba ir.

—Además, no sé si me dejarán... —continué.

—Mentira, Leti, a ti tu padre te deja hacer lo que sea —interrumpió Javier—. Venga, ánimo.

Resoplé, algo cansada ya del tema.

—Me lo pensaré —acabé diciendo.

Aunque ya lo tenía más que decidido. Esa noche no habría nadie capaz de sacarme del sofá de mi casa. O eso era lo que creía yo en ese momento.

**EVA:**

*¿Qué tal por el quinto pino, guapa? ☺*

La vibración del *WhatsApp* no podía haber llegado en mejor momento. Hacía un rato que me aburría como una ostra, no habiendo mucho que hacer en mi habitación.

*Aburridísimo, ¡os echo de menos!*

Le di a enviar mientras fruncía los labios. Era verdad, ya les extrañaba. Les tenía demasiado cariño a mis amigos.



Demasiado porque en un par de meses empezaríamos la universidad y nos distanciáramos. Y como les quería tanto, me dolería mucho.

Echaría de menos sobre todo a Leticia, mi mejor amiga. Habíamos planeado un verano perfecto que se había ido al traste completamente con los planes de mi madre de ir a aquel pueblecito.

Viendo que Leti no me contestaba, suspiré y me levanté de la cama, con el móvil aún en la mano.

Al menos daría un paseo para despejarme después de tantas horas encerrada en el coche. Si estaba en un sitio así, lo menos que podía hacer era aprovecharlo.

Mientras salía de la casita, armada solo con el móvil en una mano y mi copia de las llaves (que me había dado mi madre hacía diez minutos) en la otra, me daba cuenta de que realmente no sabía con qué me iba a encontrar.

¿Un pueblo pequeño sin más? Había algo dentro de mí que lo dudaba. Tenía algo especial, no sabría decir exactamente el qué, pero lo tenía.

Las casas eran todas muy parecidas: pequeñitas y muy lindas, como de anuncio de revista. Parecía casi inverosímil que allí viviera alguien. O si me equivocaba, que iba a salir de la casa con una cesta de magdalenas recién hechas y una sonrisa de oreja a oreja.

Decidí dirigirme a la playa. Siempre miraba el verano con más ganas si se añadía la perspectiva del mar, de la playa, de bañarse y perderse allí. Tenía ganas de escucharlo, sobre todo.

Sabía poca cosa del pueblo, pero sí tenía claro que la playa estaba siguiendo la acera en la que estaba mi casa, a la derecha. Así que continué caminando, observando con detalle aquel barrio que parecía medio abandonado, hasta encontrar un camino de madera que torcía a la derecha.

Lo seguí sin vacilar.

—¡Ey! —oí una voz a mis espaldas. No pensé que se refiriera a mí, así que no hice caso—. ¡Ey! ¡La de la camiseta roja!

Miré disimuladamente hacia abajo para comprobar que, efectivamente, llevaba una camiseta roja. Otro día igual lo hubiera tenido más claro pero estaba un poco atontada por el trayecto y el cansancio.

Así que me di la vuelta rezando porque no fuera ningún matón ni nada de eso. No se me había presentado una situación de ese tipo nunca, y estaba bastante segura de poder defenderme medianamente bien (contando con la adrenalina del momento y con el hecho de que soy bastante alta) pero prefería esperar para saberlo.

No obstante, el chico que se acercaba hacia mí al trote no tenía pinta de matón. Es más, tenía cara de buena persona. De esos que los miras y ya confías en ellos.

Era extremadamente alto (debía rozar los dos metros) y vestía equipamiento de baloncesto.

—¿Quién eres tú, rubita? —preguntó con una sonrisa.

Era la persona más extrovertida que había conocido en mi vida. Alcé la cabeza para poder mirarle a los ojos. El cuello me dolió al instante por esa postura en la que no estaba nunca.

“Y luego me quejo yo de mi altura”, pensé.

—Eva —me limité a decir—. ¿Y tú eres...?

—Sebastián. Como San Sebastián, pero sin ni un toque de santo.

No pude menos que sonreír.

—¿De dónde sales? —preguntó.

Supuse que en aquel pueblo se conocían todos de sobra y que ver a una “extranjera” les debía chocar.

Señalé en dirección a mi casa provisional.

—Acabo de mudarme. Vengo con mi madre a pasar el verano.

—¿Todo el verano? —Pareció sorprenderse—. Normalmente los turistas no vienen tan pronto, y no aguantan nada aquí.

Me encogí de hombros.

—Mi madre se empeñó —dije como única justificación.

—Vaya, pues si vas a estar aquí todo el verano lo mejor será que te presente a la gente. He quedado con ellos dentro de un rato en la cancha, ¿te vienes?

Lo sopesé un segundo, sorprendidísima. No me esperaba para nada aquello, pero no tardé nada en deducir que era una gran oportunidad para hacer amigos en ese pueblo tan desconocido para mí y que mis ganas de ver el mar podían esperar.

—Claro. Eres muy amable.

—Eso me lo dicen a menudo —sonrió de nuevo. Era todo hoyuelos.

Se dio la vuelta para echar a andar no sin antes comprobar que le seguía. Mientras andábamos, me costaba un poco mantener su ritmo porque daba unas zancadas enormes.

—Soy como el relaciones públicas de este sitio, ¿sabes? Cuando vemos a alguien nuevo lo integro yo. O lo intento, porque no siempre sale bien. Nos encanta conocer gente nueva, aquí nos tenemos muy vistos ya.

Me reí un poquito.

—Algo así pasa en mi grupo de amigos, hay veces que hasta nos cansamos los unos de los otros.

—¿Y qué hacéis?

—Nos lo decimos y volvemos a quedar cuando nos echamos de menos.

Esta vez se rio él.

—Pues es una buena táctica. Igual deberíamos probarla...  
—bromeó.

—¿Está muy lejos la cancha de baloncesto?

—A apenas cinco minutos de aquí. Yo acabo de venir de mi casa a cambiarme, que si no me pongo la equipación pierdo fijo.

“Dudo que pierda con esa altura” pensé, aunque era un poco un tópico. Pero es que estaba bastante segura de que ese chico levantaba la mano y ya tocaba el aro de la canasta.

Seguimos charlando un rato hasta que llegamos a la cancha. Era menos cutre de lo que me había imaginado por el camino, para ser de un pueblo no estaba nada mal. Tenía hasta gradas, y banquillos. Todo un poco deteriorado por el uso, pero más de lo que había en el barrio en el que yo vivía en mi ciudad, eso seguro. Incluso las canastas conservaban sus respectivas redes, algo que yo no había visto en mi vida.

—Ven, te presentaré a la gente —me dijo en voz bastante alta, como si esperara que los demás le escuchasen.

Tuve un segundo de duda antes de asentir y seguirle. Si quería que ese verano no fuera un auténtico desastre, más me valía aceptar la ayuda de aquel chico tan alto que había resultado ser mi salvador.

## **LETICIA:**

—Ey, Leti. Leti, Leti, Leti.

Alcé la cabeza frunciendo el entrecejo.

—Edu, para —le dije en tono peligroso.

Mi mejor amigo sonrió; le gustaba picarme de esa manera. Desde que nos conocimos, hacía unos cuatro años, nuestra relación había seguido siempre una serie de normas no escritas que habíamos aceptado los dos sin hablarlo en ningún momento. Y una de ellas era que él me vacilaba y yo le amenazaba de muerte.

—Leti —repitió una vez más.

Resoplé y levanté la vista del libro que estaba leyendo. Nos encontrábamos en el parque de al lado de nuestras casas, como solíamos hacer cuando no nos apetecía estar con el resto del grupo (últimamente, cada vez más a menudo). Yo solía leer mientras él dibujaba o apuntaba cosas en su libreta. No acostumbraba a preguntarle sobre lo que hacía porque era muy reservado con ese tema.

—¿Qué quieres? Estoy en una parte emocionante...

—¿Sales el sábado?

Puse los ojos en blanco.

—No —dije secamente, y volví mi mirada al libro.

Puso la mano encima de la página en la que estaba para obligarme a mirarle de nuevo.

—Anda, vente. No será lo mismo sin ti —pidió con un mohín.

—Nadie notará que no estoy —dije algo fastidiada—. Además, siempre pasan las cosas más interesantes cuando yo no voy.

—No será lo mismo para mí, quería decir —reformuló, sonriendo—. Me apetece bailar contigo.

—Sabes que yo no bailo nunca.

—Por eso mismo, ¡conseguiré que bailes conmigo!

—No lo has conseguido en cuatro años, no lo harás ahora, amigüete... —bromeé, empezando a sonreír.

—A este paso será la misión de mi vida.

Sonreí mientras negaba con la cabeza.

—Me lo pensaré —cedí ligeramente.

Su sonrisa le llegó a los ojos, haciéndose lo más amplia posible. Lo miré con cariño. Estaba muy orgullosa de ser su mejor amiga. Era un chico encantador, y una especie de imán para la gente. Todo el mundo quería estar a su lado, le contaban todo y lo invitaban a las fiestas siempre. Incluso gente que apenas conocía.

Además era un chico bastante atractivo. No era guapísimo ni estaba tremendamente cachas, pero tenía algo, lo que la gente llama “sex-appeal”, que hacía que casi todas las chicas que le conocían acabasen coladitas por él.

Y entre todas las chicas que lo darían todo por ser su mejor amiga, me había escogido a mí. Ya se lo había comentado varias veces, que no entendía por qué me consideraba su mejor amiga, pero se limitaba a llamarme tonta y seguir con lo que fuera que estuviera haciendo.

En cierto modo, había intentado ser mejor para merecerme estar a la altura de tal puesto.

Era algo que le agradecía: su amistad me había ayudado a ser una buena persona.

—Si sales, ponte el vestido azul.

—¿Y si te lo pones tú? Eso seguro que no se lo espera nadie.

—Anda, venga, pónitelo. Ya verás como ligas.

Lo miré fijamente, sopesando si me estaba tomando el pelo o no.

—Eso dices cada vez que salimos y no he ligado ni una sola vez.

—Nadie se lo explica —dijo totalmente serio.

Suspiré mientras me incorporaba, marcando con un dedo la página del libro en la que iba.

—¿Qué haces?

—Me apetece moverme, ¿vienes?

Se limitó a levantarse y ponerse a mi altura.

—¿Entonces te lo pondrás?

—Si aún no he decidido si salgo o no...

—¿Lo harás?

Paré en seco y me giré para mirarle.

—Sí, lo haré —acabé cediendo, como siempre.

Sonrió de nuevo.

—Genial. Ven, te invito a un café.

—Sabes que no me gusta el café.

—Pues me lo tendré que tomar yo, qué pena.

Me cogió ventaja y se dirigió velozmente a la cafetería que había al lado del parque. Sonreí mientras le miraba alejarse.

No tenía remedio.

### **EVA:**

No era un mal grupo de gente. O al menos, no lo parecía así de primeras. Había de todo: quien me había mirado con simpatía nada más me había presentado Sebastián y a quien parecía no hacerle mucha gracia que yo estuviera allí.

Pero mientras hubiera gente del primer grupo, yo estaba más que satisfecha.

—Acabas de terminar segundo de bachiller, ¿no? —me dijo una chica de ojos claros y sonrisa encantadora.

Los chicos, mientras tanto, jugaban al baloncesto. Yo no les prestaba la menor atención, a decir verdad. Había un grupo de chicos que no jugaba, pero estaba al otro lado de la cancha. Parecía que estaban segregados de una manera extraña.

—Sí —me limité a decir, con amabilidad.

—¿Y qué carrera vas a hacer?

—Me voy a Madrid a estudiar Relaciones Internacionales.

Se oyeron varios murmullos de admiración. Sonreí.

—Ya, el nombre suena muy bien, pero no es para tanto —continué—. ¿Y vosotros?

Me estuvieron contando durante un rato lo que iban o lo que querían hacer, ya que no todas ellas tenían la misma edad. Se juntaban chicas desde los quince años hasta los veinte. Había dos que estaban haciendo Periodismo juntas, en otra ciudad, una que iba a empezar Derecho y otra que haría lo propio con Ingeniería Química.

En la variedad está el gusto, o eso dicen.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —me aventuré a preguntar.

—De toda la vida, prácticamente —contestó una, cuyo nombre (creía recordar) era Sonia—. Nuestros padres veranean aquí desde siempre.

—Yo directamente vivo aquí —dijo otra—. Durante el curso me llevan en coche a la ciudad todos los días.

—Vaya —dije, admirada.

—Ya, es un coñazo —sonrió la chica.



—Parece que habéis hecho buenas migas —dijo la voz de Sebastián a mis espaldas.

Me giré para verlo, bastante sudado y con los brazos en jarras. Jadeaba un poco, parecía haberse esforzado mucho.

—¿Le dais el visto bueno, chicas? —dijo, sonriendo.

Asintieron casi todas, más de las que hubiera esperado. Parecían gente bastante maja. Aunque aún no las conocía, claro.

—¿Habéis ganado? —le preguntó Sonia a Sebastián.

—¿No lo sabéis?

—No os estábamos mirando.

Varias chicas soltaron una risita.

—¿No? —pareció decepcionado—. ¿De qué sirve traeros a los partidos entonces? Deberíais animarnos...

Empezaron así una discusión amistosa bastante entrañable. Los miré con diversión; yo nunca había tenido un grupo de esos de los que todo el mundo se conoce de toda la vida y me hubiese hecho ilusión tenerlo.

Todo indicaba que aquel verano no iba a ser tan horrorosamente aburrido como pintaba en un principio.

—¿Y tú quién eres?

Me sorprendió un poco oír una voz desconocida a mis espaldas, y pegué un respingo. Era bastante susceptible a los estímulos y me asustaba con facilidad. Por suerte, aquella vez no se notó demasiado.

Me giré para encontrarme a un chico bastante grande mirándome fijamente.

—Max, deja a la chavala en paz, anda —oí que decía la voz tranquilizadora de Sebastián.

—Soy Eva —le contesté a aquel chico sin dejar de mirarle a los ojos ni un segundo.

Era muy alto, no tanto como Sebastián pero sí podría mirarle a los ojos sin resultar patético. Bastante ancho de hombros, dudaba que cupiera por la mayoría de las puertas normales.

—¿Y qué haces aquí? —siguió preguntando con una sonrisa socarrona.

Parecía hacerle gracia la situación, y yo no le veía ningún sentido a aquello.

Suspiré y me di la vuelta, dándole la espalda. Eso no le gustó nada. Tiró de mi hombro para hacerme mirarle de nuevo.

—Suéltame —amenacé.

—No —dijo él con un tono bastante peligroso.

Nos miramos fijamente durante unos eternos segundos, con odio. Parecía que había nacido una rivalidad entre nosotros, y eso que ni siquiera nos conocíamos. Sebastián se acercó para separar al tal Max de mí.

El chico enorme dio varios pasos hacia atrás sin dejar de mirarme fijamente, luego se dio la vuelta y se marchó con el resto de los chicos que habían estado jugando el partido.

—No le hagas ni caso, es bastante rarillo. Se cree el rey del mundo —dijo Sonia con voz resignada.

—Eso mismo —corroboró Sebastián—. En el fondo es un buen tío, aunque no lo parezca.

—Eso es lo que dice siempre Sebas de cualquiera. Ya puede ser un asesino en serie... —bromeó otra chica.

—Saca lo bueno de todo el mundo —resumí yo volviendo a sonreír.

—¡Exacto!

Me reí un poco. A pesar de aquel mal rato con Max, parecía un grupo bastante divertido. Veríamos como se desarrollaban los acontecimientos los siguientes días.

**LETICIA:**

—¿Cómo vas a ir?

—¿Perdón? —pregunté, sin entender del todo la pregunta.

—Que cómo vas al centro el sábado... —repitió Lorena, fingiendo paciencia infinita y poniendo los ojos en blanco.

Lorena siempre me decía que tenía la cabeza en las nubes.

—Ah —dije, no sin sentirme un poco mal por su condescendencia. No me gustaba nada esa actitud que exhibía hacia mí cuando estábamos en grupo—. Me lleva mi padre, creo.

—¿Me puedes llevar?

Moví un poco la mandíbula, sabía que esa pregunta iba a llegar inmediatamente después de mi respuesta. No me importaba llevarla, pero no me gustaba hacerlo cuando no se portaba conmigo todo lo bien que debería. Era como tener que hacerle un favor por presión social y no porque fuese mi amiga. Que a veces dudaba si lo era.

—Claro —acabé respondiendo, como siempre.

—¿Y a la vuelta? —preguntó.

—Mi padre no puede.

—Pues mi madre tampoco.

Varias personas estuvieron en la misma situación. Al final acordamos dividirnos en grupos según la zona en la que vivíamos y volvernos en taxis.

Pensé que aquel era un momento como cualquier otro para responderle el *WhatsApp* a Eva:

*Yo también te echo de menos. Vamos a salir esta noche, ¿tú qué vas a hacer?*

—¿Qué os vais a poner? —decía en ese momento Mariola, emocionada.

Le gustaba mucho la moda, los complementos y en general combinar conjuntos. Siempre que íbamos a salir, hacía esa misma pregunta. Muchas veces la envidiaba por ese entusiasmo: yo era incapaz de sentirlo. Había veces que me sentía poco femenina por eso.

—Leticia se va a poner el vestido azul —llegó la voz de Edu.

No tuve ni que darme la vuelta para replicar.

—Cómo te gusta meterte en estas cosas.

—¿El vestido azul? Es muy bonito —dijo Mariola, sonriendo.

—¿A que sí? Le queda muy bien —corroboró Edu.

A veces pensaba que hacía esas cosas solo para molestarte. Insistir tanto... sabía que me fastidiaba que lo hiciera. Puse los ojos en blanco y la conversación derivó a otra cosa. Más tarde, me acerqué a Edu para reñirle, pero me cogió Pablo por banda y me apartó un poco del grupo.

—¿Qué pasa? —pregunté, algo extrañada.

—¿Hoy me pongo la camisa de cuadros o la verde?

La pregunta me dejó un poco descolocada.

—La verde —le dije sin apenas pensar mi respuesta—. ¿Por qué?

—Creo que hoy me voy a lanzar.

Puse cara de sorpresa, pero mezclándola con la alegría que sentía.

—¿En serio?

Asintió efusivamente, poniéndose algo rojo. Me había hecho su confidente hacía unos meses, y por ello me había enterado de que le gustaba muchísimo Mariola. Había tenido que pasar una temporada muy mala porque nuestra amiga tenía novio, pero ya hacía más de tres semanas que lo habían dejado. Tenía vía libre.

—Es ahora o nunca —resumió Pablo, muy seguro.

Y lo era. Llevaban una temporada llevándose muy bien y tonteando visiblemente. Se lo había estado currando mucho, cuidándola y prestándole toda su atención, y se notaba que la chica lo agradecía. Muy mal se le tenían que dar las cosas para que no acabaran besándose esta noche.

Apoyé mi mano en su hombro, más que orgullosa de él. Era un paso que yo nunca hubiera tenido el valor de dar. Solía admirarme mucho la gente que hacía cosas de las que yo no era capaz.

—Todo saldrá bien, estoy convencida —dije con seriedad, mirándole fijamente.

Y no era del todo mentira. Probablemente saliera bien, Pablo sabía ser bastante romántico cuando se lo proponía y Mariola necesitaba un poco de romanticismo en su vida. Además, era un chico bastante atractivo que siempre la había tratado muy bien, y más ahora... ¿por qué no?

Me pregunté, una vez más y como hacía con todo últimamente, por qué ese tipo de cosas nunca me pasaban a mí. Que un chico tan fantástico como Pablo se diera cuenta con el paso de los años de que yo era la chica perfecta para él y lo diera todo por conquistarme y hacerme feliz.

Suponía que eso solo les pasaba a otras y que había algunas a las que simplemente no nos tocaba un príncipe azul.

**EVA:**

—¿Qué os parece si esta noche damos un paseo por la playa? ¿Ya has visitado la playa, Eva?

Sonreí, risueña.

—No, no me ha dado tiempo. Iba hacia allí cuando me encontré con Sebas.

—¡Pues así te la enseñamos! —era impresionante el entusiasmo que tenía Sonia.

—Me parece genial —dije con sinceridad, divertida.

Llevaba apenas dos horas charlando con aquellas chicas y ya me sentía como en casa. No podía parar de repetirme mentalmente la suerte que tenía de haberme topado con un grupo como aquel.

Las comparaciones de lo que había pensado que iba a ser mi verano y lo que parecía en ese momento que iba a ser resultaban tener unas diferencias abismales.

Vibró mi móvil, con el sonidito tan molesto del *WhatsApp* que no podía quitar o no me enteraría de que me hablaban. Lo saqué del bolsillo, sabiendo que iba a ser Leticia.

Me preguntaba qué iba a hacer esa noche. Miré a las chicas que tenía delante, quienes conversaban animadamente sin prestarme ya mucha atención, sonreí y contesté:

*Pues voy a dar un paseo por la playa con unas amigas que he conocido. Pásalo genial ☺. Y contrólos un poco, ya sabes...*

Volví a guardar el móvil y me encontré con la mirada expectante de Sonia.

—¿Tu novio, puede ser? —aventuró levantando varias veces las cejas.

No pude sino reírme.

—Qué va. No tengo novio. Era mi mejor amiga.

—¿Novia?

Sonreí de nuevo.

—No, no soy lesbiana.

—¿Seguro?

—¿Me estás tirando los trastos? —bromeé.

Aquel comentario se mereció unas risas por parte de todos, incluida la propia Sonia.

—Vale, me lo he buscado.

—¿Y tú tienes novio? —contraataqué.

Frunció un poco los labios con expresión divertida.

—Y esa también me la merecía —comentó—. Pues no, no tengo. Aquí los únicos con pareja son Rebeca y Sebas.

Me sorprendió un poco aquel descubrimiento. Sebas tenía novia. Y no sabía ni por qué me sorprendía, era un chico muy atractivo (y muy alto) y muy sociable (y muy alto) y además trataba bien a todo el mundo, incluso a quien no se lo merecía... ¡cómo trataría a una novia! Y era muy alto.

Sonreí para mí.

—¿Y están saliendo entre ellos o con otras personas? —pregunté por curiosidad y por seguir con la conversación.

—Entre nosotros —intervino la voz de Rebeca.

Era una chica de pelo castaño bastante guapa y con una gran sonrisa siempre pegada a la cara. Al instante me cayó bien.

—Hacéis muy buena pareja —dije con amabilidad mientras les miraba alternativamente—. ¿Cuánto lleváis?

—Once meses, haremos un año dentro de nada —sonrió ampliamente, visiblemente emocionada por ese hecho.

Las chicas que tenía a su lado le dieron sendos codazos amistosos y Rebeca enrojeció.

“Muy linda” consideré mentalmente.

Parecía una buena pareja para Sebas. Me sentí un poco estúpida al pensar esto último: no tenía ningún derecho a valorar a aquella chica que acababa de conocer, y mucho menos juzgar si merece la pena para un chico que también acababa de conocer.

Igual se me estaba yendo un poco la pinza.

—¿Y cómo empezó todo? Me encantan esas historias —me justifiqué.

Y era la pura verdad. Siempre hacía la misma pregunta cuando me enteraba de una pareja. Me gustaba vivir a través de sus palabras todas las historias bonitas que contaban. Y además me encantaba el hecho de que lo narraran de una forma tan emotiva, porque era algo importante para ellos.

Yo personalmente había tenido en total dos relaciones; una había durado apenas tres semanas (lo justo para darme cuenta de que yo al chico en realidad no le interesaba) y la última, siete meses. No había funcionado porque el chico me engañó con otra y además me había enterado de la peor manera posible: me lo habían tenido que decir unas amigas mías que lo habían visto.



Vamos, que en cuestión de chicos estaba más que harta de malas experiencias. Habían sido dos, pero en ambas había sido yo la perjudicada. Ellos habían seguido tan panchamente con sus vidas mientras yo sufría en silencio. Nunca había sido alguien que contara sus sentimientos así como así. Solo a Leticia, mi mejor amiga, y aún así me costaba bastante. No tenía una mejor sensación después de soltarlo todo, incluso a veces me sentía peor. Prefería guardarme ciertas cosas para mí misma, reservarme.

Leticia, al contrario, lo contaba todo, siempre. Y siempre a mí. Y yo me sentía muy afortunada de ser su pozo de secretos y sentimientos. Algunas veces (había que reconocerlo) me saturaba con sus dramas, que eran siempre los mismos (“nunca me querrá nadie”, “soy fea”, “no me atrevo”) pero con pensar en lo importante que era ella para mí, se me pasaba. Además, una de las cosas que más me gustaban en el mundo era la sensación que se me quedaba después de conseguir animar a mi mejor amiga.

—Pues nos conocíamos de toda la vida —empezó Rebeca, soñadora y con una sonrisa. Sebas se sentó cerca del grupo para oír su relato, pero ella no le miró en ningún momento, como si prefiriera hacer como que no estaba ahí—. Y a mí llevaba gustándome... ni se sabe —se rió—. Pero no me atrevía a hacer nada, claro. Ya ves que soy muy tímida. Pero el verano pasado hicimos una acampada, me llevó a dar un paseo y me confesó que yo le gustaba. Eso me dio valor para decirle lo que sentía. Y desde entonces estamos juntos.

En efecto, se notaba en su voz una emoción contenida que me enterneció.

—Es una historia preciosa —dije con total sinceridad.

—Gracias —dijo Sebas desde su posición.

Rebeca le sacó la lengua.

—Os la robo un momento —continuó el chico, levantándose y llevándose a su novia a dar un paseo.

—Ya los has puesto románticos, a estos no les volvemos a ver el pelo hasta por la noche. Por tu culpa —me recriminó en broma Sonia.

Yo observaba cómo se alejaban, risueña. No tardaron mucho en darse la mano.

—Asumo toda la responsabilidad.

### **LETICIA:**

—¡Qué guapa estás! —le dije a Mariola en cuanto la vi.

—Tú también —me dijo con una gran sonrisa.

Y podía ser un sentimiento tonto, pero me alegraba mucho de que Mariola estuviese tan guapa el día en el que Pablo le iba a confesar sus sentimientos. Con su blusa blanca y la falda larga hasta los tobillos, como una princesa. Una princesa de cuento a punto de ser rescatada por un gran príncipe.

“Tú tan cursi como siempre”, pensé para mí.

Me esperaba la noche más aburrida del mundo, compitiendo con otras muchas que había vivido. Lo de siempre: botellón en el Cantón (donde lo hacía todo el mundo, por supuesto) y luego, a eso de las tres de la mañana, intentar entrar en locales a los que no nos dejarían pasar por tener (o aparentar, más bien) menos de dieciocho años.

A pesar de que la mayoría de nuestro grupo ya era mayor de edad, nunca nos salíamos con la nuestra. Una de dos: o a los demás no les dejaban pasar (teníamos un par de amigos que no aparentaban más de quince) o ponían la excusa de que el local era para mayores de veintiuno.

En las veces que había salido (muchas más de las que me habían apetecido) habíamos logrado entrar en tres locales. Tres. Y no había sido por falta de labia o de persistencia.

Negué con la cabeza al repasar mentalmente el plan de aquella noche. Que también era, dicho sea de paso, el de todas las noches pasadas y el de las venideras.

No lograba entender cómo había gente que encontraba diversión en aquello. O tal vez fuera el hecho de que yo era la única persona del grupo que no bebía. Y con beber me refiero, obviamente, a alcohol.

Y tenía mis razones.

La principal era que todo lo que había probado hasta la fecha no me gustaba. Y me parecía una tontería beber algo que no me sabía bien. Después estaba el hecho de ver a todos mis amigos borrachos (que algunos se solían pasar mucho) y no querer dar esa impresión.

Y también estaba el miedo a decir o hacer cosas de las que luego me fuera a arrepentir. Había gente que decía que eso era “lo gracioso”. A mí no me parecía gracioso en absoluto. Si normalmente no hacía o decía esas cosas, era por un buen motivo.

Y tampoco me gustaban las razones que tenía la gente para beber. Para pasárselo bien, decían. Me parecía un poco (bastante) triste que solo pudiesen pasárselo bien cuando estaban borrachos.

Comprendía muy bien que cuando se es tímido (como en mi caso) tener una ayuda para desinhibirte un poco resultaba algo así como un milagro, pero me parecía mejor intentar superarlo por uno mismo. Aún así trataba de ser consciente en todo momento de que esa era mi opinión y probablemente lo estaba viendo todo de una manera muy subjetiva.

—¡El vestido azul!

Edu venía corriendo hacia mí con los brazos extendidos.

—¡El pesado de turno! —le grité en respuesta, sarcástica.

No obstante, nunca rechazaba ninguno de sus abrazos.

—Te lo voy a arrugar —me dijo al oído, risueño.

—Me da bastante igual —dije con sinceridad.

Se apartó un poco de mí para mirarme a los ojos.

—Estás guapísima.

—Ya, ya, ya —dije con voz cansada—. Mira quién fue a hablar, James Bond.

Se había peinado un poco el pelo hacia atrás y llevaba una camisa negra que resaltaba su sonrisa blanquísima.

—Gracias, gracias —se rio un poco—. Resérvame un baile.

Y dicho esto y sin darme tiempo a negarme en redondo, se dio la vuelta para volver con los chicos. Cerré la boca y negué con la cabeza.

—Leti, ¿vienes?

—Sí, sí, ya voy.

Me reuní con las chicas, que se dirigían al supermercado más cercano a comprar las bebidas. Ya casi me había aprendido de memoria los precios, y sabía que lo que compraran dependía mucho del día que fuera. Si era a primeros de mes, cuando a todos les acababan de dar la paga, solían comprar bebidas un poco más caras. A medida que iban pasando los días, su presupuesto se minimizaba e igualmente lo hacía la calidad del alcohol.

Era un estudio que estaba haciendo que me hacía bastante gracia. Me gustaba observar el comportamiento de las personas.

Estábamos a día tres, así que se lucieron con sus compras. Sonreí para mí al comprobar que mis teorías nunca fallaban.

Pagaron y salimos del supermercado. Comenzaba a formarse una cola inmensa y nada más salir ya se respiraba el ambiente de siempre.

No sabría describirlo muy bien, y si alguien puede, que me lo diga. Se palpa, se huele, se siente. Ese ambiente algo turbio y sobre todo muy confuso que lo envuelve todo las noches que *se sale*.

La noche ya empezaba a caer y yo les ayudaba a llevar las botellas. Era la única que no llevaba tacones y varias de mis amigas perdían bastante el equilibrio cuando los llevaban puestos. Prefería ayudarlas a verlas caer.

Por mi parte, los tacones me resultaban horriblemente incómodos. A los dos minutos ya me dolían los pies y caminaba como un pato con ellos. No era que no me gustaran (es más, me sentía muy “guay” llevándolos) pero tampoco me iba la vida en ello y prefería estar cómoda.

Ya era lo suficientemente alta por mí misma.

Llegamos a la zona del Cantón, donde todo el mundo bebía y configuraba el archiconocido “botellón”.

No sabía cómo era en otras ciudades, pero en la mía no daba tanto miedo como decían las noticias. Había un par de peleas por noche, eso era cierto, pero no solían ser mucha cosa. Es más, personalmente no había visto ninguna en directo. Todo eran cosas que me contaban. Y a veces dudaba incluso si se trataba de rumores falsos inventados para que pareciese que la noche había sido más interesante de lo que en realidad había sido.

—¡Ey! —se oyó la voz de alguien—. ¡Están poniendo un escenario en la plaza de Armas!

Nos giramos para mirar que, efectivamente, estaban a punto de terminar de montar un gran escenario de estructura negra.

—¿Hay un concierto? —dijo otra persona.

—Vamos a investigar, ¿quedamos en el Cantón?

Varios asintieron y otros se fueron a Armas. La verdad es que me sentí algo culpable por no prestarles atención, pero estaba en mi mundo. A veces me daban ramalazos de ese tipo: me abstraía y tenía que esforzarme para volver a centrar mi atención en el mundo real.

*Ojalá estuvieras aquí Eva, ¡vaya novecita de aburrimiento me espera! Pásalo bien en la playa.*

Le di a enviar con una sonrisa en los labios. Al menos mi mejor amiga se lo estaba pasando bien. O eso esperaba.

**EVA:**

Me había dado el tiempo justo a ir a mi casa a cambiarme, avisar a mi madre de que llegaría tarde (lo cual no le hizo ninguna gracia, pero no le di tiempo a rechistar) y salir pitando hacia la playa. Los demás ya estaban preparados pero me habían dicho que era mejor que me abrigara un poco más, que por las noches en la playa hacía frío. Así que había ido a la pequeña casita como alma que lleva el diablo para que no se fueran muy lejos sin mí.

Cuando llegué, algo cansada (más bien MUY cansada) me llevé una grata sorpresa al comprobar que me estaban esperando.

Leí el *WhatsApp* de Leticia cuando ya caminaba con el grupo de camino al centro de la gran playa, la mayor atracción turística de ese pueblo y por lo que iba allí la mayoría de la gente.

No podía negar que era muy bonita, pero aún solo la había visto de noche, y ya se sabe: de noche todos los gatos son pardos, y todas las playas bonitas.

Se oía un agradable ruido de olas complementado con la cháchara del grupo de gente. Éramos menos que en la cancha de baloncesto (se veía que solo a los mayores les dejaban ir a esas horas a la playa) pero aún así era bastante más gente que con la que tenía planeado pasar el verano (ninguna), ya que mis libros no se podían considerar gente y mi madre... era mi madre.

Nos sentamos haciendo un círculo y, no se sabe de dónde (o al menos yo nunca llegué a saberlo) salieron varias botellas de alcohol, unas cuantas de refrescos y un montón de vasos.

Abrí mucho los ojos al darme cuenta de lo que planeaban hacer. Parecía que era algo habitual en ellos. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que estaba en un mundo completamente diferente al mío. Por lo visto, la noche que iba a pasar Leti y la mía no se diferenciaban tanto.

Me ofrecieron un vaso lleno y lo acepté, más por no quedar mal que por cualquier otra cosa. Pensé para mí que ojalá fueran buenas personas y eso no estuviera envenenado o algo así.

“No es de gente sensata beber algo que te da un desconocido”.

Pero había demasiada gente mirándome y probablemente pendiente de mi reacción como para ponerse tiquismiquis. Le di un trago con tranquilidad, como si estuviera completamente relajada.

No sabía mal. Tampoco demasiado bien, pero había probado cosas peores. Incluso había bebido varios vasos de cosas peores.

Se podía soportar. Me pregunté si tendrían una licorería en el pueblo o algo parecido, y si les saldría muy caro todo

aquello. Era natural en mí hacerme muchas preguntas, ya que me chocaba un montón que me estuvieran invitando a esto.

No se parecía en nada al procedimiento que seguían mis amigos en la ciudad.

Por una parte tenía bastante curiosidad, por otra parte iba a beber extremadamente despacio para no dar oportunidad a que me echaran más. No tenía pensado emborracharme en medio de tantos desconocidos. A saber qué saldría de ahí, y a pesar de lo que pensara alguna gente, yo no era tonta. A veces se confundía la efusividad con la estupidez.

Bebí otro sorbo, y cada vez sabía mejor. Eso solía pasarme así que no le di importancia. Sabía cómo se comportaba (de mal) mi cuerpo.

Me fijé en que había de todo: gente que básicamente engullía la bebida (si es que eso se puede hacer, es la mejor manera que se me ocurre de describirlo) y algunos incluso que no tenían vaso y se limitaban a observar.

Crucé la mirada con Sonia, que era del segundo tipo, y le sonreí. Me devolvió la sonrisa mientras miraba a mi vaso. Me encogí de hombros, como diciendo “qué remedio, hay que encajar”. Pareció entenderlo porque me dirigió una mirada de comprensión.

Estaba bien saber que había gente como ella.

Una hora y media más tarde, todos estaban ya bastante mal (a algunos ni se les entendía) y alguien (aún no se sabe quién, nadie se acuerda y quien estaba medianamente bien no prestó atención) propuso jugar a la botella.

El principio del fin.



## LETICIA:

—Es un concierto de un grupo que se llama Apache —informaba Antía dos minutos después de que el grupo que se había ido a investigar a la plaza de Armas (plaza donde se localizaba el ayuntamiento de la ciudad) hubiera regresado—. Es un grupo tributo a Pink Floyd, Queen... y no me acuerdo de qué más. Me quedé con esos porque sé que a Edu le encantan.

Sonrió a mi mejor amigo, quien como ya se esperaba todo el mundo daba saltos de alegría exagerados. Un par de amigos más, entre ellos Pablo, también eran muy aficionados a esos grupos así que se le unieron en aquella especie de danza extraña que parecía ser muy divertida.

Por un momento deseé tener la valentía de poder hacer esas cosas sin pensar en mi vergüenza ni en qué pensarían los demás de mí. Simplemente ser libre y divertirme de manera pura y sincera.

Creía que por eso no lo pasaba tan bien por las noches como los demás. Me importaba demasiado el “qué dirán” en ese sentido. En otros, no. Por ejemplo, no me iba ese rollo de hacer cosas solo para “encajar”. Para mí, si tenías que hacer cosas que no te gustaban para encajar en un grupo, no merecía la pena la gente que estaba en él. Y punto.

No se merecían mi vergüenza.

Lo que sí que me gustaba de Edu, por ejemplo, era que había sido capaz de animarme a ir perdiendo el miedo poco a poco, pero sin presionarme de ninguna manera a hacerlo. Todo había acabado saliendo de mí sin darme cuenta. Gracias a él.

En ese momento, vi cómo Pablo dejaba de saltar, se acercaba a una sorprendida Mariola y le hacía gestos de ir a dar un paseo. La chica asintió aún algo confusa.

Sonreí. Ella no sabía lo que iba a pasar, era lógico. Pero yo esperaba que todo saliera muy bien. Se lo merecían.

—¿Entonces vamos al concierto? —intervine en la conversación.

No parecía haber mucha gente interesada en ir.

—Anda, para una cosa que hay... —insistí un poco—. ¡Si aquí nunca hacen nada! Luego nos quejaremos...

Varias personas parecieron estar considerándolo. Desde luego, los fans incondicionales de los grupos a los que hacía tributo Apache estaban más que determinados a ir. Conseguí, al final, que Antía se animase a venir.

No me hubiera importado ir solo con los chicos pero sabía que en cualquier momento se pondrían más a su bola y pasarían (inevitablemente) un poco de mí. Incluso Edu. Pero lo veía tan comprensible que ni era capaz de quejarme

A Antía le gustaban también esos grupos y era una de las chicas con las que mejor me llevaba. Era muy guapa, con el pelo rubio oscuro hasta la cintura y los ojos grandes y negros.

Y además muy simpática, o al menos eso me parecía.

Era de esas chicas a las que no podías evitar tener envidia pero que te sentías mal por tenérsela porque se merecían lo bueno que les pasaba.

Un poco contradictorio.

Nos pusimos en marcha un poco a la carrera, por si acaso llegábamos tarde. Aunque del Cantón a la plaza de Armas había menos de cinco minutos. Además, cuando llegamos resultó que casi no había nadie y ni siquiera habían empezado.

Nos apresuramos a coger un buen sitio desde el cual se viera bien el escenario y no molestásemos demasiado al resto de la gente.

Había un par de técnicos subidos a la gran estructura negra encargándose de que todo estuviera bien: comprobaban los micrófonos, las luces...

Me preguntaba si no debían sentir un poco de vergüenza ya que todo el mundo les estaba mirando fijamente, a falta de otra cosa que hacer antes del concierto.

Miré distraídamente a mi alrededor en busca de alguien conocido: en una ciudad tan pequeña, era bastante habitual que te sonaran casi todas las caras.

Me extrañó no reconocer a nadie pero no le di demasiada importancia; seguí hablando con Antía de por qué le gustaban esos grupos y qué les veía a sus canciones.

—Yo sinceramente soy más de pop comercial —reconocí con una sonrisa y sin avergonzarme lo más mínimo—. Pero las canciones que he escuchado de esos grupos me gustan bastante.

—Pues te paso algunas cuando te pille conectada, te pienso bautizar en este tipo de música. —Me dedicó una gran sonrisa de complicidad.

Observé cómo unos chicos que pasaban por detrás de Antía no le quitaban ojo de encima. Básicamente le hicieron un escáner con la mirada. Me apresuré a decírsele, no desaprovechaba una oportunidad de subirles la autoestima a mis amigas, sobre todo a las que mejor me caían.

—Boh, te estarían mirando a ti —dijo, poniéndose ligeramente colorada.

Hice un gesto leve con la mano, señal de que no había ni la más mínima posibilidad de que eso fuera cierto.

—Tú no los viste, estaban demasiado ocupados contigo para darse cuenta de que había otra chica —bromeé.

En cierto modo no me gustaba tocar ese tema. Tenía la autoestima por los suelos normalmente y cosas como que esos chicos no se hubiesen fijado ni por un segundo en mí, la hundían más y más. Y sí, la teoría la tenía clara: gustarse a una

misma, que no te importe lo que piensen los demás y blá, blá, blá.

Pero la práctica no era tan sencilla. O para mí nunca lo había sido.

En ese momento, el grupo Apache se subió al escenario y empezaron a tocar. Tardé más de veinte minutos en darme cuenta de que debían de tener todos más de cincuenta años: tenían una vitalidad asombrosa y envidiable, y parecían estar pasándose tan bien que daban la sensación de tener veinte como mucho.

Impresionantes. Y eso lo decía yo, que no sabía si realmente interpretaban bien las canciones de esos grupos. Pero es que también lo decían Edu y Antía, los grandes admiradores. Estaban que no cabían en sí de gozo.

Y a mí me gustaba verlos así.

Sonreí mientras me mecía al son de la música. Edu me pasó el brazo por los hombros para incitarme a bailar y yo cogí por el otro lado a Antía. Nos balanceamos juntos durante toda la canción.

Igual no iba a pasarlo tan mal después de todo. Solo tenía que durar el concierto... toda la noche.